

Marcela Gómez Sollano: una niña admirada y admirable

Carlos A. Martínez

En el *Teetetes o de la Ciencia*, Sócrates le dice a su amigo Teetetes que la turbación es un sentimiento propio del filósofo, «y el primero que ha dicho que Iris era hija de Taumas, no explicó mal la genealogía» (Platón, 1979, 305). Taumas viene del verbo griego que significa asombrarse. Recuérdese que Iris lo sabe todo, y representa la ciencia y la filosofía. La capacidad de asombro está, pues, en el origen de todo conocimiento científico y toda indagación filosófica. Iris lleva siempre un ánfora llena de agua de la laguna Estigia, y quien bebe de ella queda sin memoria. Un poco después, en este mismo diálogo, Sócrates establece varios niveles de conocedores: el que sabe porque tiene recuerdos de ello en el alma (para Sócrates y su discípulo Platón, conocer era recordar); el que sabe y confunde lo que sabe con lo que no sabe y con lo que no ha dejado en él huella alguna; el que sabe y se mantiene en su tesis, y el que no sabe y cree que sabe (Platón, 1977, p. 927).

Asombro o admiración dicen lo mismo, y resumen el estado del hombre y la mujer que contemplan el mundo y a los seres sobre la superficie del mundo. Marcela Gómez Sollano, digna hija del Distrito Federal, tan mexicana como los magueyes, los nopales, el pulque y el mezcal, estuvo entre nosotros y sigue entre nosotros en la memoria. Vino a dar su palabra, a compartir sus asombros, a regalarnos algunas reflexiones acerca de la educación, la vida de la escuela, los niños escolares y la época que vivimos y desvivimos. Delgada y erguida, siempre atenta, con ojos de niña asombrada, presta para escuchar, Marcela fue la invitada internacional en el Segundo Encuentro de Socialización de Experiencias Educativas y Prácticas Pedagógicas, organizado por el Instituto de Estudios e Investigaciones Educativas (IEIE), los días 17 y 18 de octubre de 2013.

Iris es la mensajera de los dioses; es pues, un ángel: ella trae a los humanos los mensajes de los dioses, y le lleva a los dioses los mensajes de los humanos; asimismo se le ve con el caduceo de Hermes. Taumante o Taumas

es el padre de esta bella mensajera, personificación del arco iris, símbolo del pacto entre dioses y mortales.

Un poco de historia

La historia es una incursión en la nostalgia al servicio de la esperanza, ha dicho don Pedro Laín Entralgo, médico y filósofo español. Y ahora, nosotros, de la mano de Marcela Gómez Sollano, vamos a desandar el tiempo, su tiempo, y verla de la mano de una vecina rumbo al kínder de su primera infancia. El kínder quedaba muy cerca de su casa, y su casa, antigua casa de sus padres, don Manuel Gómez Motta, arquitecto egresado de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), y doña Marcela Sollano Reyes, madre amantísima, su casa, decimos, quedaba (queda) muy cerca de la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, de trágica memoria, ya mitificada en la obra *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes. La hermana de Marcela, Silvia Gómez Sollano, es una de las secretarías de la Dirección de Asuntos Escolares del Colegio de México, obra común del más rico, doloroso y fecundo exilio español de la Guerra Civil (1936-1939). El hermano es arquitecto, como su padre. Ambos progenitores han fallecido; don Manuel hace sus buenos años, y doña Marcela sólo ayer, y aún persisten en los ámbitos de la casa sus pasos diligentes y su voz de madre.

Cada povo com o seu rosto, com a sua fadiga histórica (Cada pueblo con su rostro, con su fatiga histórica), nos enseña la escritora brasileña Nélide Piñón; leve frase, dura afirmación, de su libro *O pão de cada dia* (*El pan de cada día*). Marcela nos habla del México de los años 70 para acá, de ese tiempo sombrío y luminoso que se gestó a lo largo de 1968, alcanzando el punto máximo de ebullición ese eterno 2 de octubre de un otoño ventoso y trágico. Y ese México, en sus recuerdos, en su voz, tiene su propio rostro, su íntima fatiga histórica. Los colombianos bien podemos decir que si en ese México de la nostalgia llueve, acá, en esta Colombia de la esperanza, no escampa.

El personaje invitado

Elena Poniatowska (*La noche de Tlatelolco*), Juan Miguel de Mora (*Tlatelolco 68*), Fernando del Paso (*Palinuro de México*), Paco Ignacio Taibo II (*68*), Luis Spota (*La Plaza*) y Roberto Bolaño (*Amuleto*), entre muchos otros, se han ocupado, en testimonios y novelas, de ese hecho que Fernand Braudel no dudó en calificar de una *Revolución Cultural*. Asimismo Immanuel Wallerstein ha dicho lo suyo sobre esos años que pueden extenderse desde la marcha de los médicos de 1964 hasta ese 2 de octubre de 1968. Vale la pena subir los tres peldaños y plantarse firme para leer y releer la estela grabada con fuego en la memoria colectiva y que se yergue en la Plaza de las Tres Culturas: adelante: a los compañeros caídos el 2 de octubre de 1968 en esta plaza. Del 13 de agosto de 1521, cuando los conquistadores españoles y sus aliados indígenas masacraron a los mexicas en Tlatelolco, hasta ese 2 de octubre en que el Batallón Olimpia y los ángeles exterminadores de Gustavo Díaz Ordaz perpetraron la matanza de 65 estudiantes, según Jorge Castañeda, México había vivido 447 años de violencias de intensidades variables. Hoy la situación parece superar en varios grados a la vivida por los colombianos a lo largo de ese mismo tiempo, y esto nos apena.

Marcela fue a la escuela pública, porque la escuela pública y gratuita es un viejo legado de la Revolución anticolonial, de la Revolución de Villa y Zapata y de los gobiernos progresistas de comienzos del siglo XX, cuando el resto del continente se entregaba en brazos del monstruo cuyas entrañas conoció Martí y desde cuyos periódicos disparó la honda de David. El arquitecto don Manuel pensaba que había que ir a la escuela y hacerlo bien; no toleraba la mediocridad. Y Marcela, la mayor de los hermanos, debía ser ejemplo. La educación y la escuela, en el pensar de la Marcela educadora e investigadora de la misma Alma Máter que la vio traspasar los umbrales de sus salones cuarenta años atrás para ingresar a la Preparatoria, tenían como función contener o frenar los poderes locales que representaban los intereses de los terratenientes y la Iglesia. En los años cuarenta, los mexicanos debieron ver al otro, representado en el indígena y en los exiliados: bandadas de pájaros migratorios que llegaban huyendo de la Guerra de Franco, de la intolerancia, de la muerte. Y allí encontraron refugio, no sólo en los templos mundanos llamados bares, sino en los templos del saber... Volvamos a pasar por el corazón los nombres de Adolfo Sánchez Vásquez, Wenceslao Roces, José Gaos...

Para los exiliados ilustres e ilustrados fue capital el papel de la «Casa de España en México», fundada por Alfonso Reyes y Daniel Cossío Villegas (este último también fundador del Fondo de Cultura Económica). Los

primeros llamados fueron Luis Recasens Siche, León Felipe Camino, José Moreno Villa, José Gaos y María Zambrano. Después llegarían Pedro Bosch Gimpera, Joaquín Xirau, José María Gallegos y Eduardo Nicol. La labor de don José Gaos es bien conocida, sobre todo como traductor de Heidegger, mientras que Wenceslao Roces asumió el reto de verter al castellano las obras de ese muchacho de pelo enmarañado de Tréveris (Trier, en alemán), que tuvo la precaución de llamarse Karl Heinrich y apellidarse Marx, y quien compartió patria chica con la mismísima madre de Constantino el Grande, Santa Helena de Constantinopla. También Roces Suárez tradujo *La fenomenología del espíritu*, de un tal Georg Wilhelm Friedrich Hegel.

Marcela recuerda especialmente al maestro Adolfo Sánchez Vásquez, poeta antes del exilio y gran conocedor y crítico de la obra del Marx joven, aquel que recién salía del círculo de los hegelianos de izquierda. Durante diez años el maestro español, convertido en mexicano, animó un Seminario sobre Estética.

Marcela hizo sus estudios primarios en la Escuela Pública Gabriel Leyva. Recuérdese que el jueves 23 de abril de 1953 (año del Bicentenario de Hidalgo y Costilla), la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos de México aprobó el traslado de los restos del general Leyva Solano a la Rotonda de los Hombres Ilustres del panteón de Ciudad de México. Uno de los votos aprobatorios fue el del más tarde presidente Gustavo Díaz Ordaz, el responsable de la masacre de la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco.

El día de la masacre, ese 2 de octubre de 1968, Marcela recién se había retirado a su casa, pues cursaba su primer año de secundaria en la Escuela 16. Era una jovencita de finos modales, amante de los libros y las flores, que apenas llegaba a los trece años. En estos recuerdos surgen los nombres de Imanol Ordorika Sacristán (hijo del famoso arquitecto Imanol Ordorika Bengoechea), Antonio Santos Romero y Carlos Imaz Gispert, líderes estudiantiles de la UNAM, fundadores del Consejo Estudiantil Universitario y animadores de la huelga estudiantil de 1987. Cuando la masacre de Tlatelolco, Imanol apenas sumaba diez años y veintinueve días de edad. Riguroso contemporáneo de Marcela, Ordorika es hoy día figura destacada en la UNAM en calidad de director del Consejo Nacional de Evaluación y asesor del señor rector, médico y académico, José Ramón Narro Robles (1948), y quien estará en el cargo hasta el 16 de noviembre de 2015, si Huitzilopochtli y Tezcatlipoca no determinan lo contrario. Conviene decir que Imanol Ordorika Sacristán fue uno de los ilustres invitados al foro nacional «Reformas y derecho a la Educación Superior en la actualidad Latinoa-

americana», que sesionó el 8 de noviembre de 2011, un día de lluvias discontinuas, en el auditorio «Fabio Lozano», de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Tanto el mexicano, como el caballero chileno, don Juan Manuel Zolezzi Cid, rector de la Universidad de Chile, y quien acompañara a sus estudiantes en las memorables jornadas de lucha y protesta por la defensa de la educación pública en su país, dejaron un agradecido recuerdo en todos quienes estuvimos esa tarde en ese postmoderno auditorio.

El movimiento estudiantil de 1987, en cierto sentido estuvo inspirado en un estudio del jurista Jorge Carpizo McGregor (1944-2012), en el cual hablaba de las Fortalezas y Debilidades de la UNAM. Vale la pena recordar que el doctor Carpizo fue un defensor de los derechos humanos y de la laicidad, y levantó ampollas en un país de fuerte raigambre católica. Carpizo McGregor habla explícitamente de la necesidad de una reforma universitaria y los tres jóvenes mencionados arriba, Ordorika, Imaz y Santos, se comprometen en impulsar desde los estudiantes esta necesaria reforma.

Ingreso a la Preparatoria

Marcela termina sus estudios secundarios muy impactada por la masacre de estudiantes. Le choca saber que la muerte, el asesinato, la eliminación de los adversarios, puede constituir una política de Estado. Recuerda la izquierda de esos años, grupos radicales, que demandaban el «todo o nada», maximalistas e intolerantes. Presenta su examen de ingreso al bachillerato de la UNAM. Por ese tiempo, asume la rectoría de la UNAM Pablo González Casanova, que provenía de las ciencias sociales, sociólogo, latinoamericanista. El doctor González Casanova abre una serie de alternativas, entre ellas la apertura del Colegio de Ciencias y Humanidades, y es allí donde ingresa Marcela. Por el tiempo, comienzos de los 70 del siglo XX, había nueve preparatorias y tres colegios de Ciencias y Humanidades. En la actualidad funcionan cinco colegios. Para Marcela, el Colegio de Ciencias y Humanidades representa una verdadera vuelta de tuerca, un cambio esencial que abre inmensas perspectivas y garantiza una educación mucho más libre. Los tres años en este colegio le preparan para la nueva vida universitaria. En esta generación estudiantil se incubaba y toma cuerpo un nuevo *ethos*. Tiene agradecidos recuerdos de sus maestros de Historia, de Redacción, de Pedagogía. Ingresa a Pedagogía y al mismo tiempo cursa Sociología y es entonces cuando conoce a los latinoamericanistas más destacados de la hora: Rui Mauro Marini, Agustín Cuevas y Theotonio Dos Santos. Marini fue el padre de la famosa Teoría de la dependencia, y comparte méritos con hombres de

la talla de André Gunder Frank, Celso Furtado y Enzo Doménico Faletto, pensador chileno.

Después de estos pensadores, Marcela entra en diálogo con Adriana Puiggrós, una de las personas que más ha influido en su visión del mundo, en su compromiso y en la manera de entender y abordar tanto el sujeto pedagógico, como a esos personajes intersticiales que hoy, después de centenas de años de «ninguneo» (como dicen en México) se exhiben por los claroscuros de una sociedad fragmentada e hipócrita. Marcela expresa una honda y sentida admiración por la doctora Adriana Puiggrós, militante política, ensayista aguda, autora de un bello libro a la memoria de su padre, el historiador y pensador marxista Rodolfo Puiggrós, el hombre de los numerosos exilios: *Retrato familiar de un intelectual militante*. Ya en 1955, debió abandonar Puiggrós su Buenos Aires querido e instalarse en México. Retorna en 1973 y es nombrado interventor y rector de la Universidad de Buenos Aires, en la administración de Héctor José Cámpora. Amenazado por la Alianza Anticomunista Argentina (la temible Triple A), debe asilarse en la cancillería mexicana y, gracias a Luis Echeverría, de nuevo residenciarse en México. Después habita en La Habana y desarrolla una hermosa labor de defensa de la Revolución cubana y la Revolución sandinista, hasta su muerte ocurrida en 1980, a sus setenta y cuatro años, decorosa y militantemente vividos. Atrás, asesinado por los matones de Videla, había quedado su hijo. Adriana Puiggrós ha sido una especie de ministra de Educación y Cultura de la Provincia de Buenos Aires, constituyente y actual diputada por el Frente para la Victoria. Dirige asimismo el proyecto «Alternativas Pedagógicas y Perspectiva Educativa en América Latina» (APPEAL).

Adriana Puiggrós comparte escenario con Hugo Hernán Zemelman Merino, quien fuera director del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, entre 1967 y 1970. Con el golpe de Pinochet debió salir del país y exiliarse en México. Bien vistas las cosas, Franco, Pinochet, Videla, Bordaberry y Castelo Branco, sin saberlo, y sin quererlo de haberlo sabido, les han hecho un daño colosal a sus respectivos países, pero, en contrapartida, terminaron beneficiando al México acogedor de Lázaro Cárdenas y otros. Porque estos ilustres exiliados, desde Tina Modotti y Julio Antonio Mella hasta Néstor García Canclini y el doctor Zemelman, fallecido cuando Marcela se disponía a viajar a Bogotá, sin descontar al antropólogo Oscar Lewis, se han empeñado a fondo para ilustrar y abrirles las mentes a varias generaciones de estudiantes de las universidades mexicanas, desde los años 20 hasta nuestros días. A Lewis (en realidad Lefkowitz, hijo un rabino polaco, nacido, educado y muerto en New

El personaje invitado

York) se deben estudios como *Antropología de la pobreza*, *Los Hijos de Sánchez* (juzgada infame y enjuiciada) y *Pedro Martínez, un campesino mexicano*, en los cuales se muestra el otro México, el que se quiere escamotear por parte de los poderes instituidos y las buenas conciencias. Lewis entrevista y convive por temporadas con miembros de la familia Sánchez, en La Magnolia y Bella Vista, a solo unos pasos del gran mercado de los pobres llamado Tepito.

Seguramente, Marcela, cuando apenas gateaba, fue llevada al Café La Habana, en la esquina de Morelos con Bucarelli, y desde su moisés de mimbre escuchó las pláticas entre Fidel y el «Che». Un poco después, y muy cerca de la vieja greca de cobre (reminiscencia de un samovar ucraniano), asistiría a las reuniones de los *infrarrealistas*, entre quienes estaba el chileno Roberto Bolaño, el autor de *Los detectives salvajes*, en cuyas páginas están las sillas y mesas de madera del famoso refugio de exiliados sin lana.

Otros nombres, otras nostalgias

De la mano de Marcela subimos al piso 15 del departamento B, de la Calle Cangallo 1671, donde habitara y escribiera y conspirara ese excelso montonero llamado Rodolfo Puiggrós, y de donde tuvo que salir antes que los matones de la Triple A irrumpieran y mancillaran su hogar. Recordamos asimismo el célebre debate de varios meses entre André Gunder Frank y Rodolfo Puiggrós en 1965 en *El Gallo Ilustrado*, de México, tan memorable como la célebre polémica más reciente entre Carlos Monsiváis y Octavio Paz.

Y ahora que escribimos este primer nombre, Marcela también nos habló de ese escrutador del alma juvenil, de las neotribus y la cultura popular, del defensor de los gatos olvidados y las minoría sexuales vilipendiadas y perseguidas, llamado Carlos Monsiváis. En el texto de despedida de su amiga Elena Poniatowska lo vemos sentado en un rincón del Vips de la Avenida Tlalpan consumiendo unos frijoles caldosos. Ahora y para siempre reposa en una urna salida de las manos del mago de Oaxaca Francisco Toledo, otro de sus venerables amigos. Y de la mano de Monsiváis llega el juvenólogo Javier Pérez Islas, quizá el investigador que más conoce de jóvenes, juventudes y juvenadas en este hemisferio. Yo le recuerdo a Marcela unas declaraciones del Monsiváis de 55 años que se reprodujeran en la revista *JOVENes*, que infortunadamente ha dejado de ver la luz e iluminarnos. Carlos Monsiváis establece un parangón entre el Monsi joven y el Váis viejo, y halla que sigue siendo rebelde, pero que comprueba que ahora el Estado es más astuto. Y

Marcela considera que a ese adjetivo cabe perfectamente otro: más perverso.

El último segmento de esta conversación, en el piso tercero de COMPENSAR, mientras una decena de ancianos (tercera edad se dice en el lenguaje «políticamente correcto») jugaban parques y hablaban de sus viejas perrerías de otra época, Marcela explicó su visión de la escuela: «Hay que discutir, hay que restituir y ennoblecer la política. Y esto debe traducirse en una operación pedagógica. Porque la educación crea vínculos y mira al futuro. En la inmediatez lo que se sacrifica es la herencia, y el legado hay que defenderlo y acrisolarlo. Hay que construir nuevas narrativas... Todo acto pedagógico entraña y parte de un deseo. Hay que restituir el lugar del deseo en la escuela. La escuela y los educadores deben decirle al niño que él es importante para la escuela, para esa escuela...».

«Hay que habilitar la palabra para ese recibimiento, para esa celebración de la vida en la escuela. Que el niño y la niña se sientan acogidos, pues ellos son los genuinos dueños de la escuela. La escuela debe acoger y dar, rescatar al niño de la calle, de la violencia, del desamor, del desafecto, de la guerra. La escuela debe trazar límites, levantar mojones, limitar el poder, mantener a raya el mercado, a las nuevas tecnologías... El tiempo de la educación es el tiempo de la esperanza, del deseo y el afecto. No es el tiempo del mercado ni el lugar de los mercaderes. Tampoco es el tiempo ni el lugar de la administración, ni de la burocracia y las pruebas que deciden quien sigue y quien se va del sistema educativo. Por eso hay que seguir educando y seguir defendiendo la escuela. La escuela es uno de los pocos cobijos que nos quedan, un refugio no del todo colonizado por los poderes existentes, por las autoridades y los burócratas».

La tarde se desliza desde los cerros orientales. Arriba está el Señor Caído de Monserrate en espera de Marcela. Ayer no más estuvo en el Museo del Oro, y yo, mientras bajamos las escaleras, le digo que el antropólogo Lionel Tiger recuerda como una experiencia única la visita al Museo del Oro de Bogotá. En su libro *La búsqueda del placer: una celebración de los sentidos*, afirma: «Al igual que la ejemplar mariposa se ve atraída por el brillar de la llama de la vela, las personas pueden también sentirse arrastradas de forma bastante inexplicable por una canción, un ti vivo, una plaza atractiva o un oasis de lujo, como el Schoenbrunn de Viena o el museo del oro de Bogotá». Pero a mi amigo Daniel Arturo Hernández, sin duda lo deja indiferente el Schoenbrunn vienés y prefiere la casa de Hundertwasser, atrapada en una serie fotográfica para admirar a la luz de la vela, para seguir con la fascinación y la metáfora de la mariposa.

Marcela Gómez Sollano ha vuelto a surcar los cielos de medio continente y está de nuevo en su casa de Ciudad de México. Para quienes deseen saber algo circunstancial y sin duda adjetivo de ella, digamos que es Profesora e Investigadora de tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y responsable en México del Proyecto «Alternativas Pedagógicas y Perspectiva Educativa en América Latina» (APPEAL). Nació en 1955 en el corazón del Distrito Federal, y es ciudadana de esa enorme nación de 29 estados, de una densa historia y un legado precioso que corresponde defender a las nuevas generaciones. Marcela, y esto es lo sustantivo, es una encrucijada, un *carrefour*, como se dice en francés. Conversando con ella (es decir, paseando en compañía de ella), tenemos acceso

a numerosos pensadores, maestros e investigadores que han dejado su huella en su íntimo territorio anímico. Porque Marcela Gómez Sollano, la hija de don Manuel y Marcela, es una mujer sensible y receptiva, de palabra suave y dicha como en sordina para mejor penetrar en los oídos y salvar la censura o la incomprensión.

Muchas gracias, Marcela. De su mano y su voz es posible ver la luz al final del túnel, y salvar el túnel con las fuerzas intactas.

Referencias

Platón. (1979). *Diálogos*, México: Porrúa.

Platón. (1977). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.